

óiganme un cuento: Habia en la universidad de Coimbra un mediquillo teórico, gran disputador y muy presumido, pero ignorante y nécio á par de su presuncion. Tenia estomagados á todos los de la facultad y habiendo de presidir unas conclusiones públicas, rogaron al famoso Curvo Semedo, que tomase de su cuenta argüirle, concluirle y correrle para ajarle la vanidad. Juan Curvo le arguyó de empeño, y á pocas paletadas, para los inteligentes, le tumbó patas arriba; pero el mediquillo garlaba, manoteaba, se reia, le despreciaba, y en fin se llevó la voz del populacho. Concluida la funcion, uno que no habia asistido á ella, preguntó á Curvo, cómo le habia ido con el presidente, á lo que respondió el discreto portugués: *Taon grandísimo burro è, que naon le pudem convencer.* A Dios, padres míos, que es tarde, y el ama estará esperando: dijo, y retiróse á su casa.

CAPÍTULO VIII.

PREDICA FRAY GERUNDIO EL PRIMER SERMON EN EL REFECTORIO DE SU CONVENTO: ENCAJA EN ÉL UNA GRACIOSÍSIMA SALUTACION Y DEJA LOS ESTUDIOS.

ELLO no tuvo remedio: cerróse Fray Gerundio en que habia de ahorcar los hábitos filosóficos, y que no habia de tomar los teologales, á excepcion del de la fé, que ese ya le tenia desde el bautismo; el de la esperanza de salvarse, á lo ménos *per modum hæreditatis*, no le podia faltar; y con el de la caridad debemos piadosamente suponerle, porque parecia buen religioso, salvo sus manías y caprichos, que absolutamente podian ser sin mucho perjuicio de su conciencia. Viéndole los prelados de la Religion y los padres graves del convento tan displicente con la filosofía, y tan empeñado en que no habia de estudiar teología, pues para ser predicador conventual, y para predicar como predicaban otros muchos con grande séquito, aplauso y provecho de su peculio, decia, que no la habia menester, y á fé que en eso le sobraba la razon por los tejados. Observando por otra parte, que mostraba bastante despejo, que tenia buena voz, que era de grata presencia, aseado,

límpio, prolijo, tanto, que picaba en pulcro. Pareciéndoles en fin, que llevándole la inclinacion por allí con tanta vehemencia, como le armasen de buenos papeles, que no faltaban en la órden, pues se conservaban los que habian dejado en sus espolios algunos famosos predicadores, podria acaso parecer hombre de provecho, acreditar la Religión y ganar su vida honradamente, resolvieron condescender con sus deseos. Pero ántes les pareció conveniente experimentar, qué era lo que se podia esperar de sus talentos pulpitables.

2. Es loable costumbre de la órden ejercitar á los colegiales jóvenes; así artistas como teólogos en algunos sermones domésticos, que se predicán privadamente á la comunidad, miéntras se come en el refectorio, dándoles tiempo limitado para componerlos: llevando en esto la mira, lo primero, de descubrir los talentos que muestra cada uno; lo segundo, de que se vayan desembarazando y acostumbrando á hablar en público, para cuando llegue el caso de hacerlo en teatros más numerosos; y lo tercero, de que también vayan aprendiendo á ejercitar un ministerio, que debe saber ejercitar todo religioso sacerdote, siga la carrera que quisiere. En otras religiones, donde se practica también esta loable costumbre, los sermones de refectorio son por lo comun sobre las festividades del año, y se suelen predicar en los mismos dias en que se celebran, siendo de cargo del lector, con acuerdo del prelado, nombrar al colegial que quiere que predique. Pero como en cada religion hay sus estilos, en la de nuestro Fray Gerundio esta incumbencia es privativa

del predicador mayor de la casa, al cual, avisado por el superior, toca nombrar el colegial predicador y señalarle para el sermón el asunto, misterio ó Santo que quisiere, con todas las circunstancias que á él se le antojaren, con tal que sean de aquellas que suelen concurrir en los sermones, y es gala precisa hacerse cargo en la salutacion de todas ellas.

3. Apénas, pues, volvió el padre Fray Blas, predicador mayor de la casa, de predicar su famoso sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, cuando fué á presentarse al prelado, y á tomar segun la ley su *benedicite*. Hechas las preguntas acostumbradas (por algunos pocos superiores ménos prudentes, y muy ajenas de los más que verdaderamente son hombres sérios y cuerdos) de cómo lo habia pasado, cómo se habian portado los mayordomos, cuánto le habia valido el sermón, qué comida habia habido y si traia algunas misas para el convento; y habiéndole satisfecho á todo Fray Blas, entregándole por conclusion doscientos reales, limosna de cien misas que habia sacado, y por otra parte ochenta para que su Paternidad muy reverenda dijese otras veinte, á razon de cuatro reales: oido y recibido todo con extraña benignidad, por el afabilísimo prelado, que con esta ocasion volvió á confirmar á Fray Blas la licencia general que le tenia dada, para que durante su gobierno admitiese con la bendicion de Dios cuantos sermones le encomendasen; le dijo por fin, y por postre: Váyase, padre predicador, á desalforjar y á descansar á su celda, y ántes que se me olvide, encargue luego un sermón de refectorio á Fray Gerundio, que tenga algunas circunstancias;

pero le prevengo, que no se le componga el padre predicador, y déjele que le trabaje él enteramente; porque como ese muchacho hipa tanto por el púlpito, queremos saber lo que él puede dar de suyo.

4. En un manuscrito antiguo del convento se halló advertido á la márgen, que al oír Fray Blas este encargo del prelado, y trasluciendo por él, que con efecto pensaban en echar por la carrera del púlpito á su queridito Fray Gerundio, que era lo que los dos tantas veces habian tratado en la celda á puertas cerradas, se alborozó tanto, que con aquel primer ímpetu del gozo, ya habia echado mano á la faltriguera para sacar el doblon de á ocho, que le habia valido el sermón y regalársele al prelado; pero pensándolo mejor en el mismo instante, sacó el pañuelo, limpióse los mocos, ofreció hacer al punto cuanto le habia mandado, y partió aceleradamente.

5. Aún estaba con los hábitos arremangados, cuando sin ir á su celda se entró de golpe y como galopeando en la de Fray Gerundio. Encontróle descuidado, asustóle un poco, arrojóse sobre él, dióle cien abrazos, y solo le dijo: *Vamos, chico, vamos á mi celda que te traigo un obispado*. Siguióle Fray Gerundio, que se recobró presto del susto, y en el camino le preguntó: *oye usted, ¿y cómo salió el vernal paralelo?* Hijo mio de los Cielos: le respondió el predicador. *¿Y aquello de las grandes risadas? Et grandes mirata est Roma cachinos*. Amigo, á pedir de boca, porque á carcajadas se hundia la ermita. Pues yo sé, añadió Fray Gerundio, que lo de *puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*, daria gran golpe. ¿Qué llama golpe? Dió tal porrazo,

que un bachiller por Sigüenza dijo públicamente en la mesa, que él habia oído más de mil sermones de San Benito; pero qué cosa más propia para representar al Santo, cuando se revolcaba en la zarza, no la habia oído. ¿Más de mil? replicó Fray Gerundio. No seas material, respondió el predicador, que eso se entiende dos ceros más ó ménos.

6. Con esta conversacion entraron en la celda de Fray Blas: desalforjóse éste, quitóse las polainas, bajóse la saya, echó las dos manos á la capilla, que aún se mantenía descolgada, cogió vuelo, y arrojándosela primero toda sobre la cabeza, de manera que ya le cubria por la parte anterior hasta muy entrado el pecho, volvió despues con una especie de columpio á ponerla simétricamente sobre la mitad del cerquillo, y en fin la bajó hasta el medio del pescuezo colgando por la parte anterior iguales las dos puntas en los lados. Tomó un peine que estaba sobre la mesa, atusóse el cerquillo y el copete, abrió una alacena, sacó un frasco de vino de la Nava con bizcochos, echaron los dos un traguito, y aún no habia colado bien el último sorbo por el gáznate de Fray Gerundio, cuando éste le preguntó con impaciencia; ¿qué obispado le traia?

7. ¿Qué obispado te he de traer? le respondió Fray Blas todo alborozado, que el prelado me dió á entender que querian sacarte de los estudios, y aplicarte á la carrera del púlpito; ¿puede haber mejor obispado para tí? Si logras esto, ¿no lo pasarás, no digo yo como un obispo, sino como un arcediano? y más con las reglechas que yo te daré á su tiempo. Padre predicador; ¿qué dice? le replicó Fray Gerundio. Lo dicho, dicho, respondió el predicador. Dijo—

me, que luego te encargase un sermón del refectorio, y que no te le compusiese yo, porque como muestras tanta inclinación á sermón sermónis, y tan poca á silogismos y á ergos, querían ver hasta donde llegaba, ó á lo ménos lo que prometía tu cosecha. Y así, amigo mío, apretar los codos que á lo ménos en este sermón yo no te he de decir palabra y te he de dejar que vayas por los senderos de tu corazón. En saliendo de este barranco será otra cosa: mis papeles serán tuyos porque tus lucimientos serán míos.

8. En el mismo manuscrito antiguo, donde se encontró la nota pasada, se halló otra que dice de esta manera: *Atónito estuvo oyendo Fray Gerundio esta noticia, y le embargó tanto el gozo, que estuvo como fuera de sí por espacio de tres ó cuatro credos rezados con pausa.* Luego que se recobró, echó los brazos al cuello del predicador mayor de la casa, y le dijo: pues ahora bien, despachemos cuanto ántes, y señáleme V. luego el sermón que tengo de predicar; pues aunque diga cien disparates en él, á lo ménos ninguno me ha de dar plumada, todo ha de salir de mis cascos, y tanto como el garvillo y el modo de decir, no ha de descontentar, aunque parezca mal que yo lo diga y diciendo y haciendo, se subió sobre una silla ó taburete (que en esto hay variedad de leyendas y no están concordes los autores,) igualó las dos puntas delanteras de la capilla, metió los dos dedos de la mano derecha por entre ella y la nuez de la garganta como para desahogarse; miró hácia todas partes con desden y magestad, sacó después un pañuelo de seda y se sonó con autoridad, metióle en la manga izquierda, y de la derecha sacó otro pañuelo blanco, con el

cual hizo como que se limpiaba los ojos: entonó el *Alabado sea, &c.* con voz grave, ahuecada y sonora, persignóse magistralmente con la mano muy extendida, y tanto, que al llegar al palo de la Cruz, que se forma desde la punta de la nariz hasta la barba, parecía que hacia la mamola: tomó por tema: *Caro mea verè est cibus, et sanguis meus verè est potus,* con aquello de *ex Evangelica lectione Joannis, capite tertio decimo;* y prorrumpió en esta disparatadísima cláusula que había tomado de memoria, habiéndola oído á otro colegial amigo suyo en un sermón del refectorio, y él la decoró teniéndola por cosa grande. *Al pautar las desigualdades de mi grosero pensar, fué desenebrando las líneas de mi discurso, tirando los primeros barrantos de mi imaginativa hácia el escrutinio del Evangelio Sagrado.* *Caro mea; ¡qué elegante está el Profeta!* Y callando de repente, porque no sabía más, prosiguió predicando un sermón mudo, manoteando y remedando todas las acciones, gestos y posturas que había observado en los predicadores, y á él le habían caído más en gracia; tan enfrascado en esto, que aún el mismo predicador mayor se tendía de risa por aquellos suelos, y aún llegó á temer si se había vuelto loco el pobre Fray Gerundio.

9. Cerca de una hora duró esta silenciosa muestra de sus predicaderas, en el cual espacio de tiempo el buen frailecito se zarandeó tanto aquel cuerpo, con tales movimientos de cuerpo, con tantas posturas, con tan violentas convulsiones, unas veces cruzando los brazos, otras abriéndolos y extendiéndolos en forma de cruz, ya amagando á echarse de bruces sobre el púlpito, ya arrimándose contra la pared, á ratos po-

niéndose de asas, á ratos levantando el dedo hácia arriba á manera de cuadro de San Vicente Ferrer, que al fin quedó tan sudado y rendido como si hubiera predicado de veras, y fué preciso volver á reconvenir al frasco y á refrendar los bizcochos, lo que hizo tambien con especial gusto, por ser esta ceremonia precisa cuando se acaba el sermón.

10. Despues que descansó algo de su fatiga, estuvo un poco sereno; y despues tambien que el predicador se recobró de lo mucho que habia reido durante aquella extraña funcion, le dijo éste: es cierto, Fray Gerundio, y no se puede negar, que tienes talento conocido, especialmente algunas acciones salen que ni pintadas, y aunque no hablabas palabra, claramente conocia yo lo que querias decir con ellas. Parece que tienes en las manos los sermones. Y aquí viene de perlas aquello del sabio, *in manu illius nos, et sermones nostri*; porque aunque en realidad allí habla de cosa muy diferente; ¿quién me quita á mí aplicarlo á otra muy distinta, cuando viene el texto tan clavado? Ahora bien, manos á la obra, que yo quiero ya señalarte el asunto á que has de predicar, y las circunstancias de que te has de hacer cargo en el sermón.

11. Ya sabes que en la parroquia de la Santísima Trinidad hay una capilla dedicada á Santa Ana, que pertenece á la cofradía de la Santa, á quién la misma cofradía celebra una fiesta muy solemne. Ya sabes, que este año son mayordomos D. Luis Flores, y don Francisco Romero, regidores de este pueblo, y ya sabes en fin, que estos dos caballeros desterraron á algunas mujeres públicas, que habian venido á ave-

cindarse en él, cuya obra fué sin duda muy grata á los ojos de Dios y muy aplaudida de todos los buenos. Este es el asunto; estas las circunstancias que has de tocar pacíficamente. No tienes más que ocho dias de término, porque no dá más la órden. No hay que perder tiempo, á trabajar y á Dios, amigo.

12. ¿Has visto tal vez un coete, cuando prendiendo la mecha en el cebo de la caña, que sostenian blandamente los dos dedos de la mano derecha, en un abrir y cerrar de ojos parte desde la mano hasta lo más elevado de la esfera, y aquella misma vara, que poco há casi tocaba con su extremidad en el suelo, ya se la vé remontada, hasta dar susto á las mismas estrellas, tanto, que la constelacion de Virgo acude pronto á tapar la cara con las dos manos, temiendo, que la va á sacar un ojo? Pues así ni más ni ménos partió nuestro Fray Gerundio derecha y rápidamente desde la celda del predicador á la librería del convento. Allí cargó con la Biblia Poliglota de Alcalá, con las Concordancias de Zamora, con el *Theatrum vite humanæ* de Beyerlink, con los Saturnales de Macrobio, con la Mitología de Rabisio Textor, con el Mundo Simbólico de Picinelo, con los Kalendarios Mitológicos de Reusnero, Tamayo, Masculo y Rosino, que eran los libros y los Santos Padres, que veia revolver á su hombre el predicador Fray Blas, cuando tenia que predicar algun sermón. No se puede ponderar lo que él leyó, lo que él ojeó, lo que él revolvió en aquellos ocho dias, ni las innumerables ideas que se ofrecian de tropel á aquella inquieta y turbulenta imaginacion, todas á cual más confusas, á cual más embrolladas, á cual más extra-

vagantes. Nada leía, nada veía, nada oía, que no le pareciese que venía de perlas para su asunto ó por simil ó por comparacion ó por texto. Apuntaba, notaba, quitaba, añadía, borrajaba, hasta que en fin despues de tres borradores, sacó su sermón en limpio. Estudióle, repasóle, representóle y se ensayó mil veces á predicarle en la celda, sobre todos los cachivaches que habia en ella: sobre la silla, sobre el taburete, sobre la mesa, sobre un banco, y hasta sobre la misma cama. Pues dos días ántes de la función, cuando entró el despertador á darle luz, le encontró en camisa predicándole sobre la tarima, y es, que se habia levantado en sueños, sin saber lo que se hacia.

13. Como estas especies se habian esparcido por el convento, era grandísima la expectacion en que estaba toda la comunidad por oírle. Amaneció en fin el día deseado, y se dejó ver nuestro Fray Gerundio, ante todas cosas afeitado, rasurado y lampiño, que era una delicia mirarle á la cara. Estrenó aquel día un hábito nuevo, que para el efecto habia pedido á su madre, encargando mucho que viniese bien doblado, y sobre todo, que se pasase la plancha por encima de los dobleces, para que se conociesen mejor, porque esto da á la saya no sé qué gracia, y de camino pidió un par de pañuelos de á vara, uno blanco y otro de color, porque ambos eran alhajas muy precisas para la entradilla. Todo se lo envió la buena de la Catanla con mil amores, solo con la condicion de que ya que ella no podia oírle, la habia de enviar el sermón, para que se le leyese el señor cura ó su padrino el licenciado Quijano.

14. Llegada la hora, y hecha con la campana la señal para comer, no faltó aquel día del refectorio ni el más ínfimo donado de la comunidad, porque en realidad todos querian bien á Fray Gerundio, así por su buen génio, como porque era liberal y dadivoso, y tambien porque á todos los picaba la curiosidad, viéndole con tanta manía de púlpito, la cual entendian era más inocencia que malicia, ni mucho ménos inclinacion á ser haragan. Subió, pues, al púlpito del refectorio con gentil donaire; presentóse en él con tanto desembarazó, que casi comenzó á tenerle envidia el mismo predicador mayor. Echó un par de ojeadas con desden y con afectada magestad hácia todas las partes del refectorio; y precediendo aquellos precisos indispensables prolegómenos de tremolar sucesivamente el par de pañuelos, blanco y de color, que habia hecho venir expresamente para el intento, entonó ante todas cosas con voz hueca y gutural, *el sea alabado, bendito y glorificado el Santísimo Sacramento*, concluyendo con lo de *en el primer instante de su purísimo sagrado ser y natural animacion*: cláusula, que siempre le habia dado gran golpe. Santiguóse con pleno magisterio; propuso el tema, sin omitir lo de *ex evangelica lectione, capite cuarto decimo*, relinchó dos voces, y rompió la salutacion de esta manera: advirtiéndole, que no se añade ni se quita una sílaba de como se encontró de su misma letra.

15. «No es de ménos valor el color verde, por «no ser amarillo, que el azul por no ser encarnado: «*Dominus, ó altitudo divitiarum sapientie, et scien-*

«*tia Dei*; (1) como ni tampoco faltaron los colores á
 «ser oráculo de la vista, ni las palabras en la fé de
 «los oídos, como dijo Cristo: *Fides ex auditu; audi-*
 «*tus autem per verbum Christi*. (2) Nació Ana, como
 «asegura mi fé, por haberlo oído decir, de color ro-
 «jo; porque las cerúleas ondas de su funesto sentir,
 «la hicieron fuertemente palpitar en el útero mater-
 «no: *Ex utero ante Luciferum genui te*. (3) A este pues
 «ángel transparente, diáfana inteligencia, y objeto
 «especulativo de la devoción más acre, consagra
 «esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbó-
 «licos; pues tiene, como allí se vé, hermoso y airo-
 «so vulto: *Vultum tuum deprecabuntur omnes divites*
 «*plebis*. (4) Déjome de exordios, y voy al asunto, aun-
 «que tan principal. Empiece pues el curioso á per-
 «cebir: *Qui potest capere, capiat*. (5)

16. «Fué Ana, como todos saben, Madre de
 «nuestra Señora, y afirman graves autores, que la
 «tuvo veinte meses en su vientre: *Hic mensis sextus*
 «*est illi*; y añaden otros que lloró: *Plorans ploravit*

(1) Obsérvese la disparatada aplicación de textos. *Domini-*
us, ó altitudo etc., son palabras de la Epístola de San Pa-
 blo á los Romanos, cap. XI v. 33. *Ó profundidad de los ri-*
quezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!

(2) *La fé es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo.*
 A los Romanos, X. 17.

(3) *Del vientre, ántes del lucero te engendré.* Salmo CIX v. 3.

(4) *Con presentes te ofrecerán humildes ruegos, todos los*
ricos del pueblo. Salmo XI. IV. 13.

(5) *El que pueda ser capaz, sáto.* San Mateo, XIX, 12.
 Evitamos el dar la traducción de todas las demás citas por
 no fatigar la atención del lector. Por los anteriores puede
 comprenderse la ciencia de aplicación de textos de Fr. Ge-
 rundio.

«*in noctem*: de donde infiero, que fué María Zahori:
 «*Et gratia ejus in me vacua non fuit*. Atienda pues
 «el retórico al argumento: Santa Ana fué Madre de
 «María: María fué Madre de Cristo: luego Santa Ana
 «es abuela de la Santísima Trinidad: *Et Trinitatem*
 «*in unitatem veneremur*: por eso se celebra en esta
 «su casa: *Hæc requies mea in seculum seculi*.

17. «¿Y qué te dán, Ana, en retribución por tus
 «compendios; *quid retribuam Domino*; qué parale-
 «los podrán expresar mis voces al decir tus alaban-
 «zas; *Laudo vos? in hoc non laudo*. Eres aquella
 «misteriosa red, en cuyas opacas mallas quedan
 «presos los incautos pececillos: *Sagenæ misæ in ma-*
 «*ri*. Eres aquella piedra del desierto, que en los da-
 «mascenos campos erigió el amante de Raquel, para
 «dar á su ganado agua: *Mulier, da mihi aquam*.
 «Pero ménos mal lo diré, siguiendo el tema del
 «Evangelio: Es Santa Ana aquella preciosa Margarita,
 «que secundada á insultos del horizonte, deja ciego
 «á quien la busca: *Quærentibus bonas margaritas:*
 «es aquel tesoro, ya escondido: *Thesaurus abscondi-*
 «*tus*, ya oculto, *nihil occultum*, que reservó el alma
 «santa para los últimos fines de la tierra: *De ulti-*
 «*mis finibus prætium ejus*: Es aquel Dios escondido,
 «como decía Filon: *Tuus Deus absconditus*: Es el
 «mayor de los milagros, como decía Tomás: *Mira-*
 «*culorum ab ipso factorum maximum*.

18. «Varias circunstancias ennoblecen la fiesta;
 «unas son agravantes: *tolle gravatum tuum*; otras,
 «que mudan de especie: *specie tua, et pulchritudine*
 «*tua*. Y es, que los señores Flores y Romero, nobles
 «atlantes de este pueblo, llaman, ó á noche hicieron

«llamar con aquellos truenos, hijos relámpagos del
«huracan más ardiente, que subian y bajaban á mo-
«do de aquellos rapidísimos espíritus de la escala de
«Jacob: *Angelos quoque ascendentes et descendentes.*
«Y es la razon natural, porque todo lo que baja su-
«be, y todo lo que sube baja: *Zachee festinans des-
«cende.*

19. «Cese la energía de los labios, y contem-
«plen mis ojos, como áncoras festivas, un texto muy
«literal que me ofrecen los cantares. Dice así: *Vox*
«*turturis audita est; flores apparuerunt in terra nos-
«tra, tempus putationis advenit.* Cantó la tórtola
«bella en nuestra macilenta tierra; vinieron á cele-
«brarla las flores, y estas mismas flores desterraron
«las ramerías: *tempus putationis advenit.* Es tan li-
«teral el texto, que no necesita de aplicacion. Pero
«diré con brevedad para el erudito: está representa-
«da en la tórtola Santa Ana: porque si esta triste y
«turbulenta avecilla, es trono geroglífico de la cas-
«tidad, Ana fué casta, pues no tuvo más que una
«hija: *Filia mea malè á Dæmonio vexatur.* Lo de
«*tempus putationis* viene tan al pié de la letra, pues
«los inclitos caballeros mayordomos desterraron
«aquellas samaritanas que alborotaban el barrio.

20. «Ahora me acuerdo de otro texto, que aún
«más bien que el pasado comprende todas las cir-
«cunstancias del asunto: de aquella grande mujer
«Ana, enemiga de Fenena, como se dice en el libro
«de las Personas Reales, la cual, á impulso de sus
«deprecaciones, ayudándola Helí, tuvo un hijo lla-
«mado Samuel. Atienda pues el retórico al argu-
«mento. *Helí*, en anagrama, suena lo mismo que

«Joaquin: *Sonet vox tua in auribus meis.* Samuel
«fué profeta: María fué profetisa; con que en el sen-
«tido místico, lo mismo es Samuel que María. Tengo
«probado difusamente el asunto, y solo falta aplicar-
«le á los Romeros; pero supuesto que el Romero
«tiene flor, dicho se estaba ello: *Flores apparuerunt*
«*in terra nostra.*

21. «Mas todavía quiero apropiiar con más pro-
«piedad las circunstancias al asunto. Publicando
«están las historias, que la Virgen Santísima tendía
«los pañales de su recién nacido hijo Dios sobre los
«romeros; y esto ¿quién se lo enseñó? su Madre
«Santa Ana; pues todo cuanto supo, ella se lo ense-
«ñó, *ipse vos docebit omnia.* Con que Santa Ana ten-
«día los pañales sobre los romeros. Con que los ro-
«meros servian á Santa Ana. Pues eso es lo que
«hacen el día de hoy: con que tenemos lo que hemos
«menester.

22. «Ea, pues, pidamos la gracia; pero ¿quién la
«pedirá? ¿Isaías? Ea, que no; ¿Gregorio? Ea, que sí.
«La Hija ayudará en la labor á su Madre: *Filia re-
«gum in honore suo.* Ea pues, digámosla aquella
«acróstica oracion, que ella en sus niñeces enseñó
«á su Hija María; porque, como buena madre, al
«punto la enseñó á rezar el.... AVE MARIA.»

23. Esta fué, sin quitar ni poner la famosísima
salutacion, que el incomparable Fray Gerundio de
Campazas encajó en el refectorio de su convento, por
estrena y muestra de paño de sus predicaderas, en
presencia de toda aquella venerable comunidad, in-
cluso el reverendísimo padre maestro provincial, que
por una feliz casualidad habia llegado la noche antes

á visitar el convento. Esta es aquella salutacion, que debiera perpetuarse en los moldes, eternizarse en las prensas, immortalizarse en los mármoles, buriles y cinceles, por pieza original, pieza única, pieza rara, pieza inimitable en su especie. Y Dios se lo perdone al reverendísimo padre provincial, que por su génio grave, sério, maduro y demasidamente circunspecto despues de haber echado un jarro de agua á la siesta, privó del cuerpo del sermón á la república de las letras, la cual ha hecho en esto una pérdida, que jamás la podrá llorar bastantemente; porque ¿quién duda, sino que sería un modelo de despropósitos, de locuras, de necedades, de herejías, de cosas inconexas y disparatadas, el más gracioso y el más divertido que ha salido hasta ahora del fondo ó del sudor de las agallas? Pues aunque en realidad andan por ahí impresos innumerables, infinitos sermones, especialmente de estos que llaman *circunstanciados*, los cuales, á lo ménos en la salutacion, que es lo que hemos visto del de Fray Gerundio, no la pierden pinta, pero es de creer, que en el alma y en el chiste no llegarían al zancajo del de nuestro recién nacido predicador.

24. Fué pues el caso, que como durante la salutacion hubo tanta bulla, tanta risa, tanta zambra en el refectorio, que á cada paso resonaban las carcajadas á mandíbulas batidas, hasta llegar un padre presentado á vomitar la comida de pura risa, el lector del caso á atrangantarse con un bocado de queso; y hasta el lego que andaba con la cajeta, siendo así que no entendía mucho de sermones ni de latines, cogiéndole uno de los despropósitos con el Jesús en

el pico, volvió á arrojar en él por boca y por narices, como cosa de media azumbre, que ya se habia embanastado, con tal impetu, que aspergeó y roció medianamente á los dos colaterales. Digo pues, que como por todos estos incidentes fuese menester que Fray Gerundio se parase á cada paso, haciendo mil pausas para dar lugar á la mosquetería, y ya estuviese para acabarse la mesa; pero principalmente porque el padre provincial hizo escrúpulo de dejarle proseguir en tanta sarta de disparates, y más que ya le pareció aquella demasiada bulla para un acto de comunidad tan sério; por todos estos motivos, le mandó que lo dejase y que se bajase del púlpito; lo que fué para el pobre Fray Gerundio un ejercicio de obediencia, lleno de amarguísima mortificacion; sucediendo despues lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.